

sus semejantes y le mancharon con sangre inocente; estos han enjugado el llanto de la humanidad oprimida y ofrecido su sangre propia por amor de sus hermanos. El nombre de los conquistadores mas célebres yace hoy en el polvo del olvido, y si alguna vez se repite es solo para lamentar los estragos que su existencia produjera; en vez de que el nombre de Juan de Mata vive y vivirá eternamente y se pronuncia con gloria en todos los rincones del orbe, porque es un recuerdo precioso de los mas insignes beneficios.

No nos cansaremos jamas, oh excelso patriarca nuestro, de repetir tus glorias. Ellas son las nuestras, porque á ti pertenecemos y con tus doctrinas hemos sido alimentados á la sombra de ese órden ilustre que fundaste para loor y gloria de la beatísima Trinidad. ¡Plegue al cielo que tus hijos, siguiendo tus ejemplos, hagan prosperar este sagrado instituto, y donde quiera se manifiesten dignos de tal padre! Alentad pues nuestra debilidad, encended nuestro celo, acreced nuestra caridad hácia los pobres cautivos, para que participando de tu santidad, participemos tambien un dia de tu gloria y reinemos con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu santo por los siglos de los siglos.

SERMON

DE SAN JUAN NEPOMUCENO.

(DE SANTANDER.)

Beatus qui lingua sua non est lapsus....

Bienaventurado el que no peca con su lengua...

Eclesiástico, c. 25. v. 11.

Cuando el Espíritu santo no dijese que la vida y muerte de los hombres se encuentra en las manos de su lengua (1): cuando todas las naciones formando un solo concepto, aunque en diferentes idiomas, no confesasen que el bien y el mal están en poder de la lengua, nosotros mismos por la experiencia de cada dia defenderíamos constantemente esta verdad. Pequeña parte del cuerpo humano es la lengua; ¿pero de qué cosas grandes, útiles y maravillosas no es capaz cuando nosotros hacemos de ella el recto uso para que nos la concedió el Omnipotente? Ella anuncia la verdad, elogia la virtud, publica y enseña los misterios de la religion, hace respetar sus máximas, sus preceptos y sus consejos: ella instruye á los ignorantes, consuela á los afligidos, sostiene á los débiles, destruye las disensiones, congrega los espíritus, reúne las voluntades, y derrama por todas partes la union, la paz y la caridad.

Pero si en vez de conformarnos con los designios de Dios en el uso de nuestra lengua, la hacemos servir á nuestras pasiones, ¿de cuántos males no se hará instrumento? Sean testigos de esta espantosa verdad los juramentos falsos que tantas verdades desfiguran, tantas mentiras defienden, tantos procesos embrollan, tantos inocentes condenan, y tantos perjuicios ocasionan.

(1) *Mors est vita in manu linguæ... Prov. c. 18. v. 21.*

Sean testigos las maldiciones mas frecuentes, las blasfemias mas escandalosas, las delaciones mas injustas, las calumnias mas atroces, las detracciones, las sátiras, las mentiras, y todos los demas excesos de nuestra lengua, que forman un mundo entero de iniquidad, como decia el apóstol Santiago (1).

Todos debemos hacer un buen uso de la lengua; pero este es un empeño tan arduo y tan difícil, que es menester graduar á un hombre de varon perfecto y de bienaventurado, como me oisteis en el principio, si llega á conseguirlo: *Beatus qui lingua sua non est lapsus*. Es menester observar un prudente medio entre la locuacidad y un silencio inoportuno: ni siempre debemos estar taciturnos, ni debemos estar hablando siempre. Es menester usar de la facultad de la palabra que Dios nos ha concedido para el acrecentamiento de su gloria, para la edificación del prójimo, y para nuestra propia utilidad. En suma es menester hablar cuando se debe, y callar cuando conviene. Este es el medio entre los dos extremos: esta es la perfección del hombre de bien, el decoro de un sacerdote ejemplar, el carácter de un confesor prudente, la divisa de un ilustre mártir; y en una palabra, el distintivo del glorioso mártir por buen confesor san Juan Nepomuceno: *Beatus qui lingua sua non est lapsus*.

Este es aquel sacerdote grande que en sus dias agradó al Señor, y fué hallado justo, porque hizo un buen uso de su lengua. Este adorno ilustre de Bohemia, luz resplandeciente de Praga, modelo de canónigos, dechado de confesores, espejo de predicadores, protector de la honra y buena fama de sus devotos, inclito defensor del sigilo sacramental, é imán de los corazones de los fieles, es á quien Dios tenia reservado en los tesoros de su misericordia para manifestarle al mundo en el siglo XIV del cristianismo. Ya la adorable Providencia nos habia dispensado modelos excelentes de varias virtudes desde el principio del mundo. De penitencia en Adán, de inocencia en Abel, de obediencia en Noé, de fe en Abraham, de laboriosidad en Jacob, de fortaleza en Sansón, de paciencia en Job, y de castidad en José. Ya despues de la venida de Jesucristo, habíamos visto apóstoles que llevasen el conocimiento de la divina ley á los pueblos que vivían de asiento en el pecado á la sombra de la infidelidad en que tristemente habian nacido. Habíamos visto

(1) *S. Jacobi ep. c. 3. v. 6.*

mártires que sacrificasen gloriosamente su vida por la defensa del Evangelio: confesores que intrépidamente defendiesen la doctrina de la santa iglesia católica y apostólica contra los ataques de la herejía, de la incredulidad y del error: un Cirilo contra Nestorio, un Gerónimo contra Vigilancio, un Agustino contra Pelagio, un Anastasio contra Arrio, y un Ildefonso contra Elvidio. Nos faltaba ciertamente un hombre que hubiese combatido por el sacramento de la penitencia: que hubiese sellado con su sangre el dogma católico en esta parte: que hubiese gloriosamente muerto por defender el sigilo sacramental para consuelo de todos los cristianos; y este era el destino que Dios tenia reservado para nuestro Nepomuceno. Su lengua calló lo que debía callar, y habló cuando convenia romper el silencio. En una palabra: si me preguntais ¿quién sea san Juan Nepomuceno? Responderé: un hombre perfecto, un hombre bienaventurado que supo hacer buen uso de su lengua: *Beatus qui in lingua sua non est lapsus*. Este es su carácter, este el elogio que le da en las palabras del tema el mismo Espíritu santo, y este el asunto de mi sermón: utilísimo, á la verdad, para todos nosotros, y digno de nuestra mayor atención.

Señor y Dios eterno, que adornásteis á vuestro siervo Nepomuceno con los dones de vuestro divino Espíritu, concededme por sus méritos que yo hable dignamente del buen uso que hizo de su lengua; y conceded á mis amados oyentes que le imiten, usando del don de la palabra, para gloria vuestra y su propia santificación. Esta gracia os pedimos por la intercesion de la Virgen, á quien devotamente saludamos. *Ave María*.

No seria extraño que yo empezase á demostrar el buen uso que hizo nuestro Nepomuceno de su lengua, con el que hacen de la suya los elementos y las demas criaturas insensibles. Hablan los cielos y nos cuentan la gloria del Dios que los formó (1): habla el firmamento anunciando ser obra de las manos del Omnipotente: hablan los mares, y con sus voces enseñan al hombre la obediencia que debe á las leyes de su Criador (2): hablan el sol y la luna oscureciéndose, la tierra temblando, los sepulcros abriéndose, partiéndose las piedras y rasgándose el

(1) *Psalm. 18. v. 2.* (2) *Isai. c. 23. v. 4.*

velo del templo cuando el Dios Hombre espira en una cruz (1) : hablan todas las criaturas, y dicen : *ipse fecit nos, et non ipsi nos* (2) : Dios nos ha dado el ser : nosotras no somos obras de nuestras manos. No sería extraño, vuelvo á decir, que yo diese principio de esta suerte, cuando vemos que ántes que Nepomuceno pueda hablar, ya hablan por él las ráfagas luminosas que se vieron sobre la casa de sus padres el día de su nacimiento con asombro de Nepomuk, su patria, y aun de todos los pueblos de Bohemia adonde llegó la noticia de este prodigio. No sería extraño al verle repetido en su muerte, que hizo pública el cielo hablando por cinco brillantes estrellas que rodeaban su cadáver, formándole hermosa guirnalda de luces sobre el rio Moldaba, á cuyas aguas habia sido arrojado.

Pero aunque no sería ajeno de la verdad, ni extraño del asunto hablaros de esta manera, parece justo elevar nuestros pensamientos en busca de otros principios que enseñaron al Nepomuceno mas terminantemente el buen uso de su lengua. Es cierto que el santo hizo de las criaturas como un escalon para subir al Criador y conocer su voluntad santa y adorable; pero esta le fué intimada con formales preceptos por el Omnipotente. Desde que pudo pensar y articular concertadamente las palabras, se halló instruído con este divino oráculo : *Attende ne fortè labaris in lingua... et sit casus tuus insanabilis in mortem* (3). Atiende, reflexiona (le dijo el Señor, y nos dice á todos nosotros), no te dejes arrastrar del vicio de la lengua, no sea que tu caída sea incurable. Lleno de un santo temor nuestro Nepomuceno con la terribilidad de esta divina sentencia, y altamente convencido de esta otra verdad de fe : que es vana la religion de aquel cristiano que no refrena su lengua (4), propuso en su corazon, y lo cumplió en toda su vida, no emplearla sino en glorificar á Dios, edificar al prójimo y procurar su eterna salvacion. ¿No os parece que este era el mejor uso que podia hacer de su lengua? Sin duda alguna.

Prevenido con bendiciones del cielo, y habiéndole tocado felizmente, como á Salomon, una alma buena, adornada de un ingenio vivo y penetrante, de una presencia hermosamente proporcionada, de una modestia ejemplar, de un candor y pu-

(1) *Lucæ*, c. 23. v. 45. (2) *Ps.* 99, v. 3. (3) *Eccles.* c. 28. v. 30.

(4) *Jacob.* c. 1. v. 26.

reza de costumbres singularísima, de una sólida madurez de juicio, y de una dulce amabilidad que desde su misma niñez ganaba los corazones con un suave y fuerte atractivo; procuró perfeccionar tan bellas disposiciones de la naturaleza con las gracias del Altísimo, que pedía humilde y fervoroso en la oracion desde sus mas tiernos años. Firmemente persuadido á que la huída de los peligros, el retiro de las malas compañías, el aborrecimiento de las perjudiciales travesuras de los niños, y los piadosos ejercicios de la devocion, podrian mantener su inocencia, no se le vió jamas atrevido, revoltoso, ni rebelde á los consejos cristianos de sus buenos padres, sino humilde, obediente, morigerado en todas sus acciones, limpio y puro en sus palabras, frecuente en los templos, devoto en las misas y divinos officios, aplicado en la escuela de primeras letras, é inocentemente entretenido en su casa en cantar las alabanzas de Dios, repasar cuidadosamente la doctrina cristiana, y rezar las devociones que con admirable prontitud habia aprendido. No dudo que admirados sus padres, y edificadas las gentes que trataban á nuestro niño Juan, preguntarian lo mismo que del Bautista los moradores de Judea : *Quis putas puer iste erit?* ¿Quién pensais será este niño en quien resplandecen tan bellas cualidades de la naturaleza, y tan apreciables muestras de la divina gracia? Sin duda Dios le tiene destinado para ser un hombre insigne, un sacerdote ejemplar, un confesor admirable, un mártir ilustre, un hombre en fin grande en la presencia de Dios : *Magnus coram Domino*. Pero nuestro Nepomuceno imitando al Bautista, solo responderia : *Ego vox clamantis*, prepárome para el buen uso de mi lengua : para ser una voz que clamará contra los vicios, que promoverá las virtudes, que defenderá los inocentes y aterrará los soberbios é impíos poderosos, que abusando del poder pretendan una injusticia : *Ego vox clamantis in deserto : parate viam Domini, rectas facite semitas Dei nostri* (1).

Para verificar un destino tan heróico no eran suficientes los preciosos principios de que acabamos de hablar; pero eran unos fundamentos apreciables sobre que debia en algun tiempo elevarse el grande edificio de su santidad; bien que necesitaba su bella alma enriquecerse con el conocimiento y posesion de

(1) *Isai.* c. 40. v. 3.

las ciencias, para que su lengua hablase el idioma de la sabiduría á beneficio de sus prójimos, despues de haber hablado el de la virtud para su propia santificacion. Vedle pues en la universidad de Praga (establecida por el emperador Carlos IV en el año de 1347) entre cuarenta mil estudiantes de que constaba su matrícula. ¿Pensais acaso que su lengua se empleaba en conversaciones poco decentes? ¿En cantares indecorosos? ¿En sátiras, burlas ó menosprecios de sus condiscipulos? ¿En murmuraciones contra sus maestros, ó en aplaudir la detestable destreza de los actores ó actrices en el teatro? ¿En formar partidos de escuela? ¿En proponer y defender cuestiones poco religiosas en los actos literarios? Ay señores! Nada de esto se oía en la lengua de nuestro jóven estudiante. Sin omitir nada de los piadosos ejercicios que habia establecido en la casa de sus padres, sin disminuir la oracion, la frecuencia de sacramentos, la entrañable devocion á María santísima, la maceracion de la carne, la sujecion de sus pasiones y las demas prácticas de religion y piedad, se dedica á los estudios con una aplicacion tan constante, que en pocos años se le admiró graduado en filosofía, en teología y en los derechos cesáreo y pontificio. Parecerian increíbles unos progresos tan rápidos y asombrosos, si no los viéramos autorizados en la historia de aquel siglo, que reconoce y publica á nuestro Nepomuceno como el mas sobresaliente de todos los estudiantes de su tiempo. Vosotros sabeis que nuestro jóven si hablaba la sabiduría entre los príncipes y sabios de la universidad de Praga, á semejanza de José entre los egipcios, era despues que su espíritu se habia llenado del temor de Dios á los piés de Jesucristo: era despues que su humildad, su modestia, su pureza, su oracion, su penitencia, su fe viva, su firme esperanza y su caridad heróica, con las demas gracias del cielo, habian purificado su lengua para emplearla en su propia santificacion. Este buen uso del don de la palabra en orden á sí mismo, reprende la fastidiosa locuacidad de los fatuos, las atrevidas y temerarias expresiones de los impíos, las malignas maquinaciones de los traidores, y las injustas declamaciones de tantos murmuradores de nuestro siglo, que se hacen por su mala lengua aborrecibles á Dios y abominables á los hombres. Ay! Con cuánta razon dijo el Eclesiástico: *Temerarius in verbo suo odibilis erit* (1). Y por el contrario, el hombre

(1) *Eccli. c. 9. v. 25.*

sabio, el hombre virtuoso que para su propia santificacion usa bien de su lengua, se hace respetable, se hace amable á cuantos le consultan, á cuantos le oyen, á cuantos le tratan. Así lo dice tambien el mismo Espíritu santo: *Sapiens in verbis se ipsum amabilem facit* (1). De este modo Nepomuceno consiguió contribuir á la edificacion de sus prójimos, despues de haber empleado su lengua en su propia santificacion.

Este es el comun orden de obrar de la divina Providencia, decia san Bernardino, que cuando elige á una criatura para grandes cosas, la adorna y enriquece con grandes dones y excelentísimas gracias para llenar dignamente los cargos á que la destina. Envía á Moises á sacar del cautiverio de Egipto al pueblo israelítico, y le reviste de un poder maravilloso sobre el cielo, la tierra y los elementos. Manda á Josué y á los siete hermanos Macabeos pelear en su nombre y abatir á sus enemigos, y les adorna de prudencia para mandar, de fortaleza para vencer, y de un espíritu vivo, pronto y lleno de actividad para preverlo todo, disponerlo todo, y ejecutarlo todo. Envía á Jeremías á predicar en la corte de Acab, al Bautista en la de Heródes y á Pablo en la de Neron; y ved ahí inmediatamente á esos tres grandes hombres resplandecer en aquellas cortes con el espíritu de Dios, y obrar con espíritu de celo y de consejo, con espíritu de sabiduría y fortaleza, con espíritu de ciencia y de piedad cuanto les mandaba el Señor.

No fué á la verdad ménos importante la mision de nuestro Nepomuceno. La divina Providencia le destina para sacar á los pecadores del cautiverio de la culpa, como á Moises: para pelear contra los enemigos de Dios, como á los Macabeos; y para anunciar la divina palabra en la corte de Wenceslao, como Jeremías, el Bautista y Pablo en la de Acab, Heródes y Neron. No extrañaréis por tanto ver en nuestro Nepomuceno todas aquellas gracias del cielo que forman y exquisitamente hermo sean un sacerdote justo, un confesor prudente y un predicador perfecto y cabal. No extrañaréis que aquella lengua que se habia ocupado en santificarse á sí misma, tratase ya de santificar á sus prójimos en el altar, en el confesonario y en el púlpito. Llamado al sacerdocio, no por las voces de la carne y sangre, no por el interes sórdido y vil, ó el deseo de pasar una

(1) *Eccli. c. 20. v. 13.*

vida cómoda y suave, sino por la inspiracion divina, como Aa-ron, se halla dentro de aquel estado que se le habia preparado ántes de todos los siglos : estado en que se le ve, no derramado por las calles y plazas, no jugador ó frecuente en las visitas peligrosas, no vestido con trajes profanos y aseglarados, no entregado á la ociosidad, sino fervoroso en la oracion, edificante en la celebracion del mas augusto sacrificio, detenido en el haci- miento de gracias, ocupado en aconsejar la práctica de la vir- tud en el confesonario, á reprender los vicios en el púlpito, á consolar los tristes enfermos, á visitar los afligidos encarcela- dos, y llenar dignamente su ministerio sacerdotal con el ejem- plo y la doctrina. Lastimosa cosa hubiera sido que una luz tan brillante dejara de colocarse sobre el candelero de alguna igle- sia para edificacion del mundo. Con efecto el arzobispo de Pra- ga le anumerá al respetable cabildo de aquella catedral, confi- riéndole un canonicato, y el mismo rey Wenceslao informado de los méritos de Nepomuceno, le nombra su predicador y li- mosnero, y la reina Doña Juana de Baviera le busca para su confesor. Ahora, lengua bendita de mi amable Nepomuceno, se llegó ya el tiempo de emplearte con toda extension y eficacia en la salud de tus prójimos. Pero ay! vas á ser predicador de corte, y de la corte de un rey vicioso, de un rey que abusa tor- pemente de su poder : recelo mucho sobre la suerte que te es- pera. Paréceme que en breve llegas á ser un ilustre mártir, ó un traidor infame. Si callas lo que debes hablar, haces traicion á tu sagrado ministerio : si hablas lo que debes mantener en el silencio, te cubres de ignominia á ti y á tu devotísima princesa. Si hablas lo que debes, y callas lo que conviene, vendrás sin duda á perder la vida del cuerpo, pero coronarás tu alma con la inmarcesible corona de la gloria. Ciertamente, amados míos, es una situacion muy crítica la de un predicador evangélico en la corte. En ella se encuentra como en un vasto mar lleno de escollos y combatido de continuas borrascas, en las que son muy frecuentes los naufragios en toda clase de personas. En las cortes, como en todas partes, se hallan vicios y virtudes, males y bienes ; pero con la diferencia de que en la corte todo es extremos, y rara vez se halla en ella un medio justo. La vio- lencia de las pasiones que en ella dominan, la facilidad que hay para contentarlas, y la esperanza de que queden sin castigo los delitos hacen mas difíciles las virtudes : es verdad que las de

un cortesano justo son mas puras y heróicas ; pero por la mis- ma razon los vicios del cortesano pecador son mas desenfrena- dos y escandalosos. Sus intrigas, sus partidos, sus fraudes, sus venganzas, á veces tan ocultas, tan disimuladas, tan fingidas con el aparente título de premios, exigen en el ministro de la divina palabra un espíritu fino y delicado para conocerlas, un talento superior para reprenderlas, y un discernimiento mas que de hombre para no herir al pecador cuando se trata de ar- rancar el desórden del pecado. ¡Ay, cuánto es de temer, cató- licos, que el resplandor de la diadema deslumbre á un ministro del Evangelio, y le haga faltar indignamente á las obligaciones de su ministerio ! ¡Cuánto es de temer que el respeto debido á la persona de los grandes se extienda hasta respetar sus vicios, y que la soberbia majestad que los rodea mantenga en un in- fame cautiverio á la palabra de Dios ! ¿Quién será aquel hom- bre tan cabal que dé á Dios lo que se debe á Dios, y al César lo que corresponde al César ? *Quis est hic, et laudabimus eum ?* ¿Qué ministro de la divina palabra penetra hasta donde llegan los derechos imprescriptibles del pueblo, y la extension y lími- tes de la jurisdiccion del soberano ? ¿Quién estará dotado de unos talentos tan sublimes, que favoreciendo la causa de los pueblos oprimidos por el abuso del poder, se haga al mismo tiempo temer y amar de los mismos opresores ? *Quis est hic, et laudabimus eum ?* ¿Quién, Señor ? Juan Nepomuceno. Este hombre digno del carácter sacerdotal que le condecora, abre su boca, y como un Bautista en la corte de Heródes, y un Pa- blo en la de Neron, publica el Evangelio, intima sus preceptos, aconseja sus máximas, persuade sus consejos, y al escuchar de aquella lengua bendita las verdades eternas, los buenos corte- sanos se perfeccionan en la virtud, los malos se arrepienten, las damas abandonan la vanidad, el lujo y las pompas del mundo, los jóvenes la insolencia y la lascivia, los glotonos la intempe- rancia, los avaros se convierten en limosneros, y hasta los hom- bres mas perversos reprimen sus malas inclinaciones con gran- de alegría del cielo, con mucho furor del infierno, y con edifi- cacion asombrosa de la corte. Estos felices sucesos de nuestro Nepomuceno le granjearon el ilustre dictado de hombre lleno de Dios y de los dones de su espíritu divino ; porque se veía en él una virtud extraordinaria, una doctrina celestial y una elo- cuencia dulce que ganaba los corazones. Sus respuestas esta-